

Vicente Leñero y la Misericordia

Francisco Prieto



Vicente Leñero ha cumplido setenta y cinco años. Si en un reproche a Lope de Vega, Alejandro Casona pone en boca de Quevedo en su drama *El caballero de las espuelas de oro*, que a aquel le faltó soledad y de ahí cierta inconsistencia, cierta falta de densidad en su obra dramática, a Leñero le ha sobrado soledad, esa que se cuece en la voluntad de fidelidad a una vida personal en perenne interrelación con su trabajo como novelista, dramaturgo, reportero. Pero no sólo esto está en la base de la unidad profunda de su obra y de su existencia, en esa terca lealtad a sí mismo que caracteriza a quien se ha construido como persona humana, sino también en el compromiso con los derechos propios e inherentes al universo narrativo, dramático, periodístico.

Dicho de otro modo: la literatura no se usa, no es un medio al modo de Sartre y de muchísimos otros como el periodismo, por su parte, tiene que responder de un modo directo a una visión del hombre y del mundo. Asimismo, la vida personal no puede ir a contracorriente de lo que se encuentra en el núcleo mismo del quehacer profesional. (El artista no puede no ser un profesional ya que escribir es, como nos lo enseñó Graham Greene, *a sort of life* pero, también, una vía de escape: la criatura humana por su imperfección radical no puede vivirse como Dios y tiene que fugarse en el sueño, en la transfiguración de la realidad que, empero, no niega las verdades esenciales que se le revelan en el transcurrir terreno). Vicente Leñero ha sido un artista que ha vivido plenamente la cotidianidad del compromiso personal con una mujer, con una familia, con amistades que ha cultivado a lo largo de una existencia larga, con el sentido de respeto a los trabajos que ha emprendido y

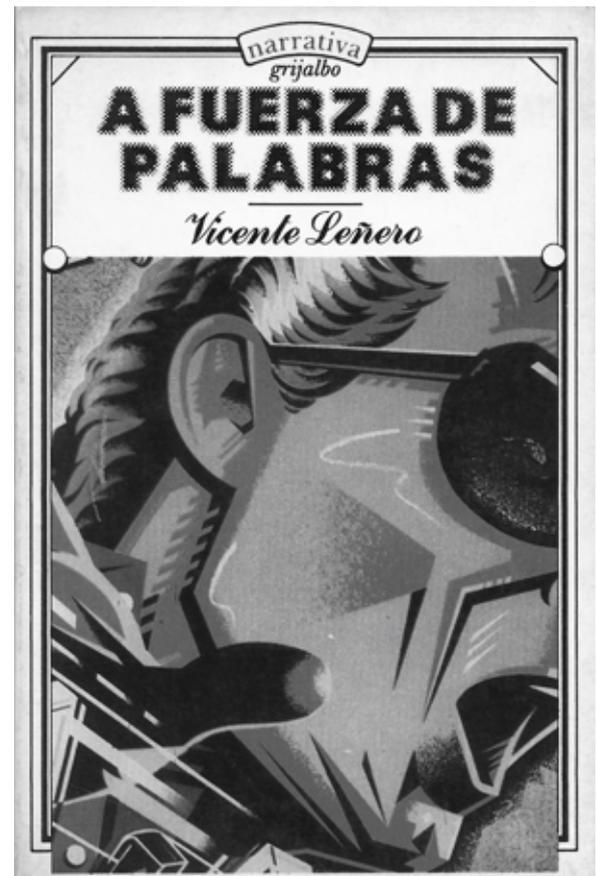


© Rogelio Cudillir

Vicente Leñero y el Subcomandante Marcos

los compromisos adquiridos. Si cuando el golpe contra *Excelsior* no pudo dedicarse a escribir porque éticamente debía permanecer al lado de Scherer y de los compañeros despojados, dar una larga batalla que sería decisiva para ganar, con la sociedad civil, la libertad de expresión y de publicación, si a lo largo de casi toda su vida publicó un sinnúmero de reportajes, entrevistas, artículos de fondo, si se entregó en cuerpo y alma en la redacción de *Proceso* sin dejar de estar con los suyos, de escribir para el cine, de encerrarse en esa soledad del autor para seguir desarrollando novelas y obras de teatro fieles, siempre fieles a sí mismo, todo ello ha sido testimonio de una seriedad fundamental, de eso que ha sido olvidado hoy día y que es la existencia auténtica. Ese combate contra las inercias, ese estar alerta a la circunstancia, a lo que hacen los demás entusiasmándose con el trabajo de los otros, ese darse tiempo para escuchar, ¡y leer!, lo que hacíamos otros habla de una generosidad radical. A la estructura compacta, a un mismo tiempo sólida y atrevida de no pocas de sus obras, ha acompañado una dedicación similar en la construcción de la existencia personal. He aquí algo que no se puede lograr si no es por una cuota alta de soledad asumida y la luz que sobre ella arroja la Fe. Porque la felicidad del cristiano —y Leñero se ha confesado cristiano y católico— se centra y brota de saber que el hombre no está solo, que sostiene un diálogo permanente con su Creador, que ni nuestros actos, ni nuestros desfallecimientos o logros carecen de sentido, que nuestras mezquindades no pasan, tampoco, inadvertidas. El cristiano vive desde la comunión de los santos, acompañado por los que lo precedieron en el camino y murieron dando constancia de la Fe.

Pues bien, Vicente Leñero ha sido el mayor experimentador y creador de técnicas narrativas de nuestra literatura —a su lado estarían Rulfo, Fuentes, Elizondo, Del Paso, Daniel Sada, entre los jóvenes, Ignacio Padilla— pero, también, un escritor con un universo propio. La experiencia poética en que nos sume su obra tiene que ver con la violencia seca que estalla contra la estupidez de la injusticia, con el horror de darse cuenta, en un de pronto, de que dentro de uno y de la criatura más humilde, se cuece la vivencia del Bien, la exigencia de la Belleza y de una Verdad que nos trasciende mientras que estructuras invisibles y todopoderosas nos condenan a la marginación, a la indigencia, al desamor... La paradoja de nuestras pretensiones infinitas y la realidad de nuestras propias limitaciones. El horror de hacer el mal a nuestros más próximos en un momento de abatimiento y de dejadez y presentir que pasará toda una vida lamentándonos de un momento que, en rigor, no da cuenta de la verdad de nuestra vida. Y entonces se nos irá revelando la beatitud reconfortante pero dolorosa del llanto que nos conduce a la plegaria y al seno de Dios. Recordemos *Los albañiles*, esa novela que se inicia con un crimen, que nos hace vivir —escribí en *Los 100 mejores libros del siglo XX*— con los personajes a lo largo y ancho de una investigación inconclusa. ¿Quién mató a don Jesús? En realidad todos tenían razones para matar a aquel viejo velador, enfermo, decrepito, corrompido como, en realidad, si buscamos bien, todos tenemos razones para matarnos unos a otros, lo que sólo puede llevarnos a sentir piedad los unos por los otros. Hay que elegir entre la caridad o el infierno, parece decirnos Leñero en esta novela que descubre aun lo que puede tener de humano un policía...



Los albañiles viene a ser la celebración de un encuentro entre los opuestos, un proceso hacia la solidaridad a partir del ser menesteroso que cada quien arrastra y que sólo el que no lo ve viene a ser el real menesteroso, aquel por el que no habrá misericordia. Misericordia por el ser humillado y ofendido que es un grito que brota del corazón de los personajes más entrañables de las obras de Leñero. La voz adolorida que resuena en *A fuerza de palabras* y que nos hace vivir el dolor de constatar lo que hicieron de nosotros y nos alejó del ser que hubiéramos querido construir, la pareja que en el trájín de una mudanza asume un fracaso doloroso y que, abatiendo toda soberbia, se abren el uno y el otro clamando misericordia, la vida que se va cuando en la imaginación apenas estaría comenzando porque hay una consistencia interior que remite a una grandeza ahora que es ya demasiado tarde, porque peleamos diez rounds para darnos cuenta de que los viejos demonios han regresado y la vida como un combate inútil, un garabato que desciframos y decodificamos para darnos cuenta, una y otra vez, de que hemos estado, siempre, equivocados...

Todo lo que, en rigor, lleva al lector a la plegaria, con un profundo sentido de piedad por sí mismo y por los demás, un darse cuenta de que "todos somos Marcos" y don Jesús y la voz adolorida que clama, en suma, ¡misericordia!

Leñero es el novelista y el dramaturgo del ser humillado que encuentra el valor y el sentido de su existencia cuando se le revela que no es un ser precioso o un

privilegiado, que sólo con los otros puede encontrar el escurridizo sí mismo que se revela en el compromiso con los semejantes, porque sólo entonces se muestra, reluce, la única verdad gratificante, la garantía de la consistencia del Reino. En *El Evangelio de Lucas Gavilán*, Jesucristo Gómez lo dice:

Un ciego no puede guiar a otro ciego porque los dos caerían en el hoyo. Trate entonces cada quien de mejorar reconociendo que un alumno no está por encima de su maestro. Pero todo el que se supera llega a ser maestro algún día.

No te atrevas a señalar la basura que hay en el ojo de tu amigo antes de ver la basura que hay en el tuyo. Cómo te atreves a decirle a tu amigo: deja quitarte esa basura. No seas hipócrita: limpia primero tu ojo y después podrás limpiar el de tu amigo.

Finalmente, la obra de Vicente Leñero presenta lo que fue el grito desgarrado y esperanzador de Bernanos: "¡La caridad o el infierno!". Sume al lector en un abrazo de solidaridad con los que nada o poco tienen, nos hace vivir que sólo despojándonos nos acercamos a eso que, oscuramente, llamamos Felicidad y que nos será revelado cuando más allá de la noche oscura del alma nos reencontremos en el seno del Padre. Unidos desde la diferencia. La obra de Vicente Leñero es personal porque es social, social porque es personal, es decir, cristiana.